

Ensayo de autobiografía

Por incapacidad, por pereza o porque soy consciente de la inutilidad de algunos afanes, procuro no adentrarme en la oscuridad revuelta del pasado anterior; todo lo más intento seguir la secuencia de hechos que remontan dos o tres meses, poco tiempo, apenas nada. Estoy convencido de que tampoco hay mucho más que recordar, algo que merezca la pena, que no esté cubierto por el polvoriento olvido – tan clemente a veces – o distorsionado por el sentimentalismo fácil de la conciencia que necesita engañarse, ni agriado por el recuerdo – quizá no tan falso – de lo que fueron los años.

Aunque no sea esta la razón (porque en realidad explica muy poco, si llega a explicar algo) lo cierto es que últimamente no paro de recordar la estancia en Boulder, o quizás sería mejor decir, las estancias, porque – aunque de algunas hace ya mucho tiempo, tanto que hay momentos en que me resulta difícil creerlo – las varias veces que he estado allí, ahora se confunden: la última nevada que viví allí hace más de diez años está ahora presente, acaso porque entonces como ahora era invierno y tiendo a imaginar cómo estará ahora.

La última vez, sin embargo, era verano, y fueron tres meses los que allí viví: desde su inicio hasta las postrimerías, desde los comienzos del paréntesis hasta el momento previo a que se cerrara y continuase la vida: las de ellos y la mía, también, pues también para mí fue un paréntesis que se abrió y se cerró. Me fui de allí justo cuando podían comenzar las nevadas porque llovias – fuertes chubascos veraniegos – hubo varias durante esos meses.

Lo bueno de volver adonde uno ya ha estado es que conoce el lugar, no pierde el tiempo intentando orientarse y se puede dedicar a otros menesteres con más tranquilidad. No importaba si íbamos a estar mucho tiempo o no en la oficina de inmigración (tremendo anglicismo este) porque, después de pasar los trámites – dilatados, por cierto – sabíamos dónde teníamos que coger el autobús que nos llevaría del aeropuerto a la ciudad, y una vez allí dónde estaba la casa en la que pasaríamos los siguientes tres meses.

Después de más de veinte horas de viaje entre el autobús, el avión y los dichosos e ineludibles tiempos muertos, llegamos a la ciudad, y allí buscamos la casa que ya habíamos alquilado. Un lugar cómodo, austero, espacioso y silencioso, acaso la característica que más nos gustaba junto con el jardín amplio y con algunos abetos añosos. Las casas están rodeadas por la naturaleza, casi a punto de ser absorbidas por ella; a lo lejos intuimos el riachuelo que, como veríamos al día siguiente, bajaba abundante, con un vigor impropio de la época en la que estábamos si no fuera por las lluvias tardías.

Al día siguiente, después de una serie de trámites de rigor, Seguridad Social, bancos, presentaciones, nos incorporamos a lo que será nuestra rutina: trabajo, descanso, lectura y paseos. Nos dimos cuenta de que a pesar de que estábamos en la misma latitud geográfica, anochecía a las nueve de la noche, y eso que pasamos allí el solsticio de verano, que, por cierto, ni recordamos.

Pero todo eso apenas tiene importancia si lo comparamos con lo que significó el verano, y no me refiero al trabajo sino a las lecturas. Hasta entonces había prestado poca atención a las biografías y autobiografías – a las últimas ahora las llaman escritura del yo, y no me parece una expresión feliz, pues podrían ser escritura del yo o de sus máscaras. El verano lo pasé, entre otras muchas ocupaciones, enfrascado en la lectura de varias biografías – entre las que destaca la genial de Richard Holmes sobre Samuel Taylor Coleridge – y algunas autobiografías.

En la tradición española la autobiografía es un género casi desconocido que solo ahora parece tener un número pequeño de adeptos. A pesar de la impronta eclesiástica en la cultura hispana, el examen de conciencia no parece haber tenido mucha fortuna. Los ejercicios de recuento del día tan propio de los jesuitas, el examen que se hace antes de rendir cuentas, no contaba con verdaderos practicantes. Nunca sabremos si lo oído en los confesionarios era verdad todo, pero sí que sabemos que las confesiones públicas no han sido frecuentes. Acaso porque se prefería la secreta y había un pudor o miedo enorme a que los demás conocieran nuestras debilidades, o porque nunca hubo un examen de conciencia a fondo y sincero – lo que deja muy malparada la sinceridad religiosa, y confirma la sospecha de que aquí la religión ha sido asunto de ritos y poses –, lo cierto es que nunca ha habido un interés por la autobiografía que sí ha existido en otros países como Gran Bretaña o Estados Unidos, de raigambre puritana. Quizás en el entendimiento social de la religión tan distinto al católico – más preocupado por el oropel refulgente que por la densidad de la práctica sincera e individual– derive la autobiografía. La confesión, junto con otras tantas prácticas, no es

un asunto exclusivo del creyente y de dios, incluye también a la comunidad porque esta es recipiendaria, al menos subsidiaria, de las acciones de las personas. Esto que en España lo entenderíamos de manera chabacana, por-teril por decirlo de algún modo, en los países puritanos ha sido interpretado como compromiso con la sociedad. Quizás por ello, como el Estado cubre muy poco las eventuales catástrofes o desgracias, es la sociedad civil la que se ocupa de paliarlas, y en los países en los que el Estado tiene una presencia clara y asentada, el propio compromiso comunitario ha forjado una ética civil de la honradez, la mejora y la rendición de cuentas muy alejada de la picaresca hispana para la cual lo único que importa es aprovecharse todo lo posible de lo que nos ofrecen sin detenernos a pensar si nos lo merecemos, o al menos nos lo merecemos en tal medida, o si no tendríamos que dar algo a cambio.

La sociedad civil como tal aquí nunca ha existido. Ha habido gregarismo, comunitarismo, privilegios, cierre de filas en torno al caudillo del momento, pero sociedad – entendida como la libre asociación de personas con el propósito de buscar la libertad, la prosperidad y la felicidad en todo – de eso no ha habido. Sin sociedad civil no podemos esperar el surgimiento de frutos propios de esta: secularismo, laicismo, ética pública, virtudes civiles. Los valores y el entramado que desarrolla es lo que permite más tarde una literatura en que la introspección que el autor lleva a cabo de su propio mundo sea fructífera, en primer lugar por la libertad de conciencia del autor, liberado de la obediencia y servidumbre a ningún poder externo, sea este religioso, civil o militar. Así las cosas no ha de extrañarnos que no haya ningún autor que desee contarnos sus dudas, sus debilidades, los afanes que lo movieron, las cobardías que lo agarrotaron. Escasea la autobiografía porque somos incapaces de examinar con rigor, libertad y honestidad nuestra vida, porque hay veces – muchas veces – que la hemos manchado, porque la vida queda enlodada por lo que hacemos y por lo que omitimos, pero somos incapaces de aceptar esta realidad – por otro lado, a veces muy dolorosa – y nos reclinamos en nuestras ensoñaciones de vidas luminosas, y cuando nos interesamos por alguien no pasa de ser un mero interés malsano. Aquí leemos las biografías y las autobiografías animados por el conocimiento de detalles vulgares y escabrosos, y no por el desarrollo vital de las personas. Por eso tienen tanto éxito las memorias de personajes conspicuos y vulgares pero muy presentes en la vida pública y cuya vida se reduce a haber frecuentado la sociedad. Exhiben un glamour de baratillo y adornan sus vidas con superfluas historias de patéticos galanes trasnochados. Ese es el ejemplo de vida interesante e intensa que anualmente – en la temporada navideña – proponen las editoriales y que debe de ser un éxito rotundo pues año tras año insisten y repiten con la vida de otro de esos santones ilustres.

Si uno puede – y es fácil en este caso – resistirse a los cantos de sirena editoriales, si uno se preocupa por informarse y buscar ejemplos en otras tradiciones, el esfuerzo termina por ser recompensado, y además muy pronto. Hay algunas memorias que son casi imposibles, las de Saint-Simon, o las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand – escritas con la mente puesta en la posteridad, y geniales más allá del deseo de perduración –, hay otras más modestas, al igual que hay biografías que son ya hitos en la historia secreta de las vidas privadas – y recuerdo las que Richard Ellman escribió de algunos escritores británicos, o más en general lo que algunos británicos, o americanos, han escrito de otros autores.

No fueron estas – con la excepción de Holmes – las que fueron juntándose en mi escritorio, producto más de la casualidad que de algún plan concebido de antemano. Ya antes del viaje había leído la de Eduardo Haro Ibars, una recuperación, no sé si oportunista o no ahora que volvemos, con cierta debilidad, es cierto, a los años ochenta, sin que nunca nos decidiéramos a abandonarlos; recuperación, apuntaba, de un personaje que para mí es central en esos años, aun a riesgo de saber que la afirmación conlleva la distorsión de la imagen que han creado de los maravillosos años ochenta – pero esto ahora no importa, sólo quería señalar la casualidad que se dio mediado el mes de junio cuando leí, antes de llegar, una biografía y al llegar otra, las dos de escritores malditos, y no sé hasta qué punto buenos o no, unidos por ciertas aficiones secretas o con mayor simplicidad aún, frutos de sus respectivas épocas que no son, en el fondo, si no la misma: las mismas ilusiones y desesperanzas, idénticos afanes, virtudes y vicios.

Me interesa señalar lo que tienen de narración de un proceso de crecimiento intelectual estos libros en el ámbito anglosajón, tan alejado y ajeno a la revelación y exposición de detalles escabrosos, anécdotas sin sustancia, cotilleos y demás historietas chabacanas. Importa el crecimiento moral e intelectual del personaje – pues, guste o no, la persona se transforma en tal. Parecen entrever que para entender toda una obra o toda una vida es necesario el recuento, más o menos minucioso pero siempre meditado, de los años vividos sin que quepa la tonta nostalgia ni la sentimentalidad de la barajita de otros o el engolamiento pastoso de las divas. Una autobiografía es un ajuste de cuentas consigo mismo, un repaso juicioso y crítico a lo que hemos hecho y a lo que hemos abandonado, a quién hemos querido y a quién, olvidado; casi cualquier cosa, en fin, menos un ejercicio de complacencia con nosotros mismos.

Fuera de lugar es la autobiografía de Edward Said, alguien que siempre lo estuvo y que no se preocupó por encontrar el suyo. Es una obra

centrada en el sentimiento de no lograr estar integrado, un sentimiento de alienación, de ser no siendo y viviendo rodeado de quienes poco tienen en común contigo. En el fondo, la tensión intelectual y moral que no debería dejar de latir nunca si no queremos caer en la conformidad y en el farfalleo inane. Es un relato moral de cómo fue creciendo y forjando su extrañamiento. Cualquiera podría pensar que con sus antecedentes familiares lo normal es que hubiera estado integrado dentro de la élite árabe, y sin embargo la vida es más compleja. Said vive entre Palestina, Egipto y el Líbano en los años en que se desmorona un mundo árabe-occidental y es lentamente sustituido por una sociedad que surge de la ortodoxia islámica, que no tiene por qué ser estrictamente religiosa, pero sí política (y lo político esconde siempre una vena religiosa fuerte.) La sustitución de una sociedad plural en que religiones, razas y culturas convivían – aunque fuera con sus muchos problemas – por otra monolítica en la que desaparecen los problemas pero se enquistaba el problema de la tolerancia, la vive sin darse cuenta verdadera de su trascendencia; Said es aún un muchacho demasiado joven como para comprender las razones de tantas mudanzas y de los cambios de la fortuna, pero también lo vive como algo que de manera inconsciente influirá en su carácter. Mira el mundo desde la posición del que ha perdido mucho, casi todo: su país, un determinado modo de entender las relaciones con los demás o su lengua, al tiempo que es señalado por el color de su piel, por el acento raro que tiene al hablar. El padre es una figura extraña, inalcanzable e incomprensible, palestino que se siente americano y que mandará a su hijo a los Estados Unidos para que estudie. A ello se añade que es el único varón y que los lazos entre hermanos también le faltan. Todo ello contribuye a crear una mirada desde el borde o desde la periferia, una mirada inquisitiva, acurada, hecha de renunciadas, silenciosas afrentas y pérdidas, pero también una mirada que busca la excelencia y huye de la mediocridad, la de quien no quiere engañarse y acepta mirar de frente al mundo hasta el final de sus días. En *Fuera de lugar* también hay sitio para contarnos su fascinación por la aventura intelectual, su gusto por la lectura y su pasión por la música, sin que la mirada retrospectiva empañe o adultere las sensaciones de los momentos singulares de la niñez.

Cabe pensar que si Said no hubiera tenido esa infancia, su carácter se habría moldeado de otra manera y con bastante probabilidad toda su escritura crítica habría tenido un sesgo distinto al haberle faltado esa experiencia periférica. Su autobiografía vale por lo que tiene de testimonio del crecimiento intelectual y moral (¿acaso no es lo mismo?) de alguien que con el tiempo lograría formar una escuela dispersa en la geografía pero muy unida por lazos intelectuales.

Hay filiaciones entre obras y personas que solo se conocen muy tarde, o que son visibles pero no nos fijamos, acaso por lo evidente. La filiación suele ser el resultado de una elección consciente, aunque no cabe duda de que muchas otras veces las circunstancias imponen una realidad que con frecuencia es ingrata. A veces proviene de circunstancias vividas similares y no de una reflexión intelectual. Es el caso de la autobiografía de Tarik Ali, *Street Fighting Years*, en la que recuerda – ni en vano ni por capricho – a Said. Parece ser que mantuvieron una estrecha relación a lo largo de muchos años. Al fin, era lo normal. Ali es un paquistaní que marchó a Inglaterra a estudiar y que en una vida que ya puede ir calificándose de dilatada, ha mantenido posturas políticas radicales en la órbita de los partidos comunistas. El simple hecho de haber nacido en Pakistán, entonces parte de la India colonizada por Gran Bretaña, haber asistido a su independencia, haber sido testigo de la descolonización del Oriente y su recolonización por otros medios, le ha dotado de una actitud inflexible y fundamentada en lo referente al centro y los márgenes de la sociedad ya sea en un sentido estrictamente geográfico como en el cultural. Hay un rechazo a aceptar tales términos, que en el caso de Ali, su estancia en Inglaterra, sus años de estudiante en Oxford, y su trashumancia por el mundo, lo curan de provincianismos estériles (al igual que a Said.) Habría que preguntarse por la influencia que el haber tenido que salir de sus países si querían desarrollar sus vidas, ha tenido, por lo que a ellos concierne y también por lo que significa para los demás. Quizás si no hubiera salido de Pakistán, su ideología no habría sido la que es al no haber vivido el rechazo social y los distintos raseros a la hora de medir a las personas.

Aunque no es testigo de la desintegración de un mundo – al contrario que Said que sí lo es – lo que sí observa son los ataques que otros llevan a cabo en Asia, en lo que en sentido generoso sería su casa. La guerra del Vietnam fue una de las espoletas que prendió la mecha, como lo fueron su afiliación al Partido Comunista o el ambiente revolucionario que algunos vivieron, él entre ellos, en la mitad de los años sesenta.

Se nota, eso sí, que es principalmente un periodista pues el libro es un extraordinario reportaje que por la fuerza de la escritura, la sinceridad y el empeño crítico – a veces muy parcial – se convierte en autobiografía política. Poco desarrollo del personaje hay, parece ya todo dado desde un principio y él simplemente se dedica a transmitirlo sin preguntarse las más de las veces por las razones que lo asisten o lo abandonan.

Junto con la de Said, y me imagino que con otras muchas, habla de un sentimiento muy generalizado en las personas que nacieron y vivieron en

las antiguas colonias británicas –aunque intuyo que también será común a las francesas, alemanas o belgas– y que fueron testigos de excepción del hundimiento de un mundo y de una mentalidad. Del colapso colonial surgió un mundo marcado por la Guerra Fría y la división del orbe en dos bloques que se derrumbó en 1989 para alumbrar lo que hoy tenemos y que, en gran parte, aún desconocemos. Ali no crea una división feroz entre colonias y metrópoli; es más, no parece sentirse ajeno a lo británico, como sí que Said se sentía respecto a lo americano. Eran críticos, muy críticos, pero dentro de lo que eran Gran Bretaña y Estados Unidos. La niñez les ha marcado para toda su vida, y la niñez era una vida en una tierra cosmopolita donde europeos y árabes convivían, o paquistaníes y británicos en el caso de Ali, un mundo –sobre todo el de Said– que se fue derrumbando porque se iban estableciendo unas cadenas nacionales, étnicas y religiosas que buscaban la pureza –lo que hoy en día tenemos y nos va asolando. Si entonces era posible el cosmopolitismo en Egipto, o la convivencia de árabes y judíos en el Magreb, eso hoy ya no lo es pues las cadenas de la ortodoxia han aherrojado a demasiadas personas. Y el mundo de Said, o el de Ali, queda como un hermoso sueño, una visión fugaz, un anhelo o un ansia.

Se podrá objetar que el cosmopolitismo lo era desde el punto de vista europeo, que en realidad era imposición europea, pero a ello habría que responder que si tenemos en cuenta a los europeos que por entonces pululaban por allí, aunque por europeos la gran mayoría se refiere a británicos, y a americanos – no deberíamos tampoco olvidar que también convivían árabes, judíos, cristianos alejados de la ortodoxia romana y kurdos, entre otros. Lo que había sido el Imperio Otomano albergaba en su seno una multitud de creencias y razas propia de las épocas de la decadencia, y que tanto hemos de añorar ahora que es un tiempo de fe férreamente sostenida y propagada, tiempo de conquistadores e inquisidores, de guerras santas e imposiciones de ortodoxias. Hoy en día no se permite a nadie que se sienta fuera de lugar, ni que se aleje o reniegue de su lugar en el mundo que ha encontrado – sin haber podido decidir – en el mismo momento en que nació. Pero iba hablando de la convivencia de principios del siglo XX, y que hoy se niega y se limita a imposición europea haciendo tabla rasa de los demás porque la idea subyacente es la de criticar la colonización europea, negar la lógica colonizadora, achacar todos los males presentes a aquel entonces, y ver en aquel momento la negrura de un tiempo infame.

Esto Ali no lo refleja en su libro, como tampoco se recluye en su país, y analiza su vida en términos más amplios. A decir verdad, Pakistán es una presencia intuida, algo que perteneció al pasado – importante cómo no, pero no excluyente. Acaso porque aún latía en él el internacionalismo comu-

nista y no había sido sustituido por el localismo de la religión, la razón o la cultura, la crítica puede escribirse desde la atalaya de la comunidad de intereses humanos que ignora las burdas barreras de la política que entonces y hoy nos atenaza y nos imponen.

Poca duda me cabe de que esa es una de las virtudes de su autobiografía. Lo es por sí misma, pero también porque en una época como la que nos ha tocado vivir, ir a contracorriente y decir lo que ya casi nadie quiere oír necesita de un coraje cívico y un arrojo que convierte al portavoz en un virtuoso (pues hay virtud cívica en aquel que sostiene lo que es de sentido común y beneficioso cuando no solo no es evidente sino que además lo perjudica.)

La autobiografía de Alí se entiende desde la perspectiva europea de crisis de los años sesenta, crisis de la radicalidad racional antes de que cayera en el remolino ininteligible de las esencias culturales de nuestro presente. En el sesenta y ocho no solo se certificó la imposibilidad de la revolución (revolución tal y como esta se entiende desde la Francesa) sino que apunta – aunque entonces nadie, o casi nadie, se percatara – a la Restauración, llevándose consigo los ideales ilustrados. Los años ochenta significaron simplemente la culminación y el cierre de un ciclo histórico (con lo que la desertión de tantos radicales, y la adopción gustosa y agradecida de muchas ideas conservadoras se entiende sin problemas.) A pesar de la distancia, y las derrotas, logra imprimir en su libro un ánimo alegre, urgente y necesario que es templado a la vez que confirmado por los años transcurridos.

Resulta curioso que, a pesar de que no difirieran en muchos años y de que vivieran infancias en algún lugar del imperio o estudiaran en la metrópoli o Nueva York (que relevaría a Londres como capital del mundo), haya diferencias significativas entre los dos, quizás por la intención de Said de centrarse en la infancia para dar testimonio de un tiempo, una sociedad y una manera de entender el mundo que ya se había perdido. Ali acomete la misma tarea pero se ciñe a su juventud, a los años sesenta, tan lejanos ya que parecen no haber sido, y cuya lejanía y paulatino olvido vuelven más necesaria su autobiografía.

El cierre de época se deja sentir también en otro aspecto. Los dos son acerbamente críticos con los Estados Unidos, y no edulcoran ni un ápice unas críticas basadas con razón en una política exterior norteamericana errónea y fallida. Sin embargo, sus libros circulan sin problemas por el país, y son figuras respetadas. Hasta ahora los Estados Unidos han gozado

de una envidiable salud crítica – al contrario que España, donde la disidencia ha sido siempre castigada y cortada de raíz –. Nunca han faltado corrientes críticas a la política oficial, a lo que era socialmente correcto – y no hay más que pesar en el movimiento por los Derechos Civiles, o el movimiento feminista –. Tanto en la universidad como en la calle, la sociedad americana ha contado con una fuerza extraordinaria que la ha llevado a buscar mayores cotas de libertad sin detenerse por el hecho de tener que enfrentarse a la costumbre o al presidente.

Junto a una opinión oficial y mayoritaria, siempre ha convivido la disidente y minoritaria que en algunos casos ha logrado imponerse. Frente a publicaciones auspiciadas por el poder – auspiciadas en un sentido muy lato que va más allá de la subvención – ha habido otras que lo han puesto en tela de juicio o incluso en jaque. Es lo que tiene una sociedad civil fuerte que no depende del gobierno ni espera que éste le solucione sus problemas. Esta disidencia, sin embargo, algunos norteamericanos la ven peligrar. Son pocas las nuevas voces que surgen y que relevarán a los últimos críticos: Edward Said o Noam Chomsky, sin contar con que desde el gobierno intentan acallar las pocas que descuellan, ya sea mediante la presión a las universidades en las que enseñan para que no les renueven los contratos ya sea mediante el fortalecimiento de la opinión mayoritaria y mesocrática. No son buenos tiempos los que corren, y aun así no hay que cejar en el empeño y en la confianza de que nunca podrá nadie acallar el pensamiento civil y civilizatorio, ilustrado e independiente.

Este puede tener forma de tratado o de ensayo o, incluso, de monografía. Pero también puede tener un mayor alcance si es un artículo periodístico en el que, dentro de lo poco que permite la brevedad y la urgencia de las noticias, se muestren las líneas maestras de alguna preocupación contemporánea. Pero también, y puede sonar chocante, una autobiografía puede servir para exponer mediante el ejemplo de las vivencias de toda una vida, un modo de comportarse y de estar ante la sociedad que sirva de ejemplo, aunque hoy en día los ejemplos no coticen en el mercado social, y la figura ejemplar como modelo a seguir o a tener en cuenta haya desaparecido.

Santiago Rodríguez Guerrero-Strachan
Universidad de Valladolid

